



Algo por decir...

Juan Manuel Acevedo Peralta
Estudiante de Historia
Universidad Externado de Colombia

Lucem

Edición especial
Historia sobre la marcha

Imagen: Natalia Medina
Instagram: @natalia.medinam

Algo por decir...

Juan Manuel Acevedo Peralta*

Quisiera tener algo por decir. Todo se ha dicho en el transcurso de dos semanas ¿Todo se ha dicho? Me pregunto, así como me permito sentir, por el terror, el miedo, la tristeza, la asfixia que generan esos lazos invisibles, que se extienden por todas las casas y los cuellos de quienes se han permitido pensar un país mejor. Me pregunto por mi mamá, por mi abuela, por mi abuelo, que se cayó hace no más de dos horas, por mi papá que nunca ha sido mi papá, pero siempre un gran amigo. Me pregunto por Guatavita, Capitán y Lucky. Me pregunto por las estrellas y la luna ¿Qué me pregunto? Me pregunto qué sentirán cuando su hijo, nieto, amigo, papá adoptivo o admirador terrestre, no vuelva a casa por una bala mal disparada, o mejor, por una bala que sí cumplió con su objetivo.

Me pregunto también por la bala, el gas y la aturdidora ¿Qué se sentirá vivir para quitar la vida? Pero ¿Qué sentirá quien dispara la bala, el gas o la aturdidora? En momentos de tristeza y de terror también me gusta pensar que ese hijo, nieto, papá, hermano y amigo siente terror al salir a unas calles donde el caos y la violencia pululan por doquier. Me gusta preguntarme por la persona que se esconde tras esa coraza de metal y cuero, que no solo cuida el cuerpo sino esconde el corazón; y tal vez, solo tal vez, ahí si tenga algo por decir.

Es un miércoles normal. Me levanto por los besos húmedos de Capitán y Guatavita, insinuando que tienen hambre. Veo el sol intentando escabullirse por en medio de las nubes grises, que auguran un día en el que caerán muchos cuerpos al asfalto. Me rasco la cabeza con unas uñas mordisqueadas hasta más no poder, le sirvo la comida a Guata y a Capi (cucharada y media de arroz para Guata y dos para Capi). Mientras ellos se dan un festín, me paro en frente de un espejo grande de la sala, mi mamá llega y me abraza por detrás y pregunta ¿Sería posible que no salieras hoy? Me alejo y le respondo “lo único que no nos pueden quitar es el derecho de salir a las calles”. Vaya respuesta tan vaga y lacerante para una madre preocupada por la vida de su hijo. No es que no lo entienda, ella también salió y echó piedra, tiene una maestría en fabricar *molotov* y papas bomba. Se inventó arengas con una imaginación y creatividad infinitas. En fin, no es que no lo entienda, es que ya no es una niña de 20 o 25 años. Ahora es una mamá que recuerda cuando la brutalidad policial entró por su casa, la golpeó y la dejó en el piso. Ahora recuerda con nostalgia que “todo esto y seguimos en las mismas”. Claro, no quiere el mismo futuro para su hijo, pero, entonces ¿Cuál futuro?

En el apartamento de al lado se escuchan los gritos de dos niños, un niño y una niña, de no más de 8 años. La niña debe llevarle como máximo dos años al niño, pero no sabría decirlo. Son gritos de alegría, saludan al papá, los escucho por la pared que separa los apartamentos. El papá se despierta, quizás sin mucho ánimo. La mamá se despierta, se escuchan dos “te amo” en el cuarto. Los niños salen corriendo con un balón de futbol y un carro que se escucha derrapar en el piso de madera, que seguramente la mamá habrá cuidado lo suficiente como para que un carro o un balón de futbol lo dañen. Se escuchan unos suspiros del señor seguido de la frase “estoy mamado”, a lo

* Estudiante de VII semestre del programa de Historia, de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad Externado de Colombia. Correo electrónico: juan.acevedo05@est.uexternado.edu.co.

que la esposa le contesta “yo sé, pero ya te preparo un buen desayunito para que te vayas a trabajar”. Se escuchan unas botas pesadas... no hay tiempo para la ducha ¿Hay tiempo para la lucha?

Vuelvo al apartamento después de sacar a Guata y Capi recuperando con dificultad la respiración tras haber subido cinco pisos, lo que equivale a cuarenta y nueve escalones de baldosa. Recuerdo la asfixia con la que corría por las calles de la Candelaria cuando el Escuadrón Móvil Antidisturbios de la Policía Nacional (ESMAD) nos “gaseó”, como se dice por acá, aquel 21 de noviembre de 2020. La vida me pasaba por delante mientras venían a mi mente los abrazos y los besos de mi madre, pensando que podían ser lo último que iba a recordar en unas calles caóticas y con un olor particular a muerte. Entro a la ducha y pienso ¿Será mejor quedarme en casa? Esto tiene sus garantías, el calor de Capitán entre mis piernas, la comida fresca y caliente, los regañones constantes, pero nunca sobrantes de mi madre por haber dejado una mancha de fruta en la jarra del jugo recién lavada, pero sobre todo la garantía de saber que no moriré ese día, por lo menos no de manera violenta. Mientras pienso todo eso, el agua se calentó lo suficiente como para humedecer mis cabellos no tan largos, mis músculos sepultados por varias capas de grasa y mis párpados que sueltan un par de lágrimas sin entender el porqué.

Mientras tanto, en el apartamento de al lado, ya les insinué que como vecino e historiador soy chismoso por vocación, se escuchan los gritos “Carlos, pero los huevos ya van a estar” a lo que una voz gruesa responder “no alcanzo, te amo. Le das un beso a los niños” ¿Qué trabajo impide que te comas un par de huevos fritos, o revueltos, y que tengas que enviarles besos a tus hijos en vez de dárselos? Salgo de la ducha, me veo al espejo y me encuentro con un sujeto que no logro reconocer. Tiene la cara triste, unos brazos a los que le hace falta el contacto con otra persona, una mujer quizás, un cabello que si no es por la coacción que le genera la cera capilar no deja de escabullirse en la frente de tal sujeto que hasta el momento se muestra como un extraño. Me pregunta ¿Vale la pena? Le respondo ¿Por qué no la valdría?

Y yo sé que uno no debe responder una pregunta con otra pregunta, pero ¿Por qué no la valdría? Voy a mi cuarto, abro el *closet* y me pregunto por la indumentaria precisa para una marcha: una camisa negra para no llamar mucho la atención, un *jean* oscuro preferiblemente grueso para resistir los proyectiles que podrían impactar en esto que llamamos piernas, unas botas para resistir a la lluvia y por si toca patear la lata de un gas, una chaqueta impermeable pero no tan encartosa como para poder meterla en la maleta en caso de que el sol se una en nuestro recorrido por la carrera Séptima, la jata palestina que, según como la veo yo, es mi amuleto de buena suerte, o mejor, es quien no ha permitido que las balas de los fusiles estatales sean bien disparadas contra mi cráneo. Me despido de mi mamá, hay lágrimas en sus ojos, me echa en la maleta el “neutralizador”, que es una combinación de agua con bicarbonato para resistir el efecto de los gases, tres bocadillos para mí y para las personas con quien marchó, y la cédula para que no me cojan mal parqueado.

Paso de nuevo por el espejo y me encuentro con el mismo sujeto, esta vez un poco más reconocible, y me dice: “tenga cuidado, su mamá lo espera en casa” a lo que inmediatamente respondo: “tranquilo, no me pasará nada”. Cierro la puerta del apartamento y pienso... bueno, quizás eso también pensó Dylan Cruz, Nico Neira o cualquier persona que saldrá a la calle hoy y que no regresará. Nuevamente, espero no ser yo. Bajo los cinco pisos, cuarenta y nueve escalones de pensamientos que inundan mi cabeza, entre ellos el del bus que cogeré para llegar al punto donde quedamos de encontrarnos con Daniela y Santiago, abro la puerta, me miro las botas, la capucha artesanal y el arsenal “militar” que tengo en mi maleta y me pregunto ¿Voy para la guerra? ¿Qué es la guerra? ¿Qué no lo es? Solo espero terminar el día con una cerveza acostado en

mi cama y no en medicina legal o en una fosa común por alguna “bala perdida”, como lo titularían al siguiente día en el *Q’hubo*, Caracol o RCN.

En las calles se siente la euforia. Llegamos al Parque Nacional donde las sonrisas de las personas eclipsan el miedo, las tristezas y la mierda que llevamos por dentro. Comienzan las arengas, preparamos los carteles, la voz se va en ocasiones porque, si bien los cuerpos resisten dos semanas de paro, las cuerdas vocales no tanto. Llegamos al sitio, ya no a la plaza porque es un punto que estratégicamente no es apto para escapar, sino a Héroes o en su defecto al Parque de los Híppies. Nos quedamos y escuchamos las batucadas que animan y colorean la marcha de sabores percusionistas. Escribir todo esto me hizo preguntarme ¿Qué es una marcha? ¿Qué se siente estar en una marcha? Y por mucho que he estado en varias gritando arengas contra Uribe, Duque o el patriarcado, no tengo mucho por responder. Sin embargo, siempre me gusta decir que es un carnaval. El carnaval del pueblo ¿Qué es el pueblo? ¿Será mejor llamarlo como multitudes? En fin, es un carnaval completo. Pinturas en unos rostros que hasta antes de maquillarse se veían desolados; tambores que reúnen a cientos de personas en la Séptima (vaya físico que tienen los y las de la batucada. Yo camino dos cuerdas cargando 10 kilos de arroz y ya estoy cansado); arengas que convierten un buen poema o canción en un grito de denuncia y resistencia. Claro, sin que pierda lo musical y poético.

Personas besándose. Se aman a puertas de la revolución (como si tal cosa existiera. La revolución, digo. Porque estoy seguro que el amor si existe. Es más, en algún momento quisiera amar a alguien a portas de la revolución). Marihuana y ron por doquier, no pido porque estamos en pandemia y “no sería responsable”, como sí lo es robarse las vacunas y meter una Reforma Tributaria que empobrecerá más el país. Perritos con carteles. El ímpetu de construir un mensaje que les llegue a las personas y con suerte te pidan una foto. Mi cartel personalmente dice “Señor policía, no me mate que mi mamá me espera en casa”. Se lo muestro a un par, reconozco una mirada, no sé dónde la he visto. Es una mirada familiar, pero también de tristeza. Cuerpos en las calles bañados de sangre, es performático, pero a la vez no lo es. Caen unas gotas de lluvia a lo que la marcha responde (hablo de marcha como si fuera un cuerpo homogéneo. Y sí, pero también heterogéneo... no sé cómo explicarlo, es una marcha) “llueva o truene, el paro se mantiene”. Es de esperar que cuando hace mucho sol también se grita “que hijueputa calor, que hijueputa calor, pero más hijueputa es el presidente de la nación”. Bueno ¿Qué me falta por decir? Ah sí, los y las niñas. Una niña de no más de ocho años, podría ser la hija del vecino, me dice: “Podemos gritar una consigna juntos?” Gritamos la de “mi voz”, personalmente siento que es la consigna más hermosa y nostálgica que se ha podido inventar. Terminamos de cantar y la niña se va. Espero que no le pase nada.

Antes de que sean las tres de la tarde digo “abrámonos que más tarde esto se va a calentar”. Me refiero a que más tarde puede que seamos una de esas personas que no alcanzaron a disculparse con su mamá por todo lo que la hicieron sufrir y las noches de desvelo que la hicieron pasar, y que ahora nunca podrán hacerlo. Nos vamos caminando, una cerveza mientras bajamos por la 80 (en esta ocasión fuimos hasta Héroes). Unos taxis que no confirman, buses que no pasan porque la alcaldesa Claudia López quitó el transporte. Unos pies que no resisten más, mentira, la resistencia es una práctica histórica y estoica. Mis pies lo saben. Una lluvia que no se apiada de nosotros. Una jata que me abriga. No solo me protege de las balas, también de las gotas.

Llego a mi casa, confirmo que todos estén bien y en sus casas con sus respectivas madres, mascotas y con una sensación mínima de seguridad. Mi mamá me recibe con una toalla, porque sabía que por el norte había llovido (como siempre) y con un aguapanela caliente. Las columnas

de Capitán y Guatavita se estremecen por el movimiento de sus colas que se muestran entusiasmadas ante mi llegada ¿Y Lucky? Lucky demuestra amor con la indiferencia y sus reclamos para que le de comida o le limpie el arenero. Me acuesto y el paro no termina: balas, desaparecidos, sangre, llantos, un grupo paramilitar se baja de un furgón en Cali, la gente grita. El furgón es de la Policía, no hay sorpresa. Mil desaparecidos, no hay reacción. Una chica desaparecida ¿Es cercana? No. Entonces solo pasamos la historia (claro, me refiero a la historia de *Instagram*). ¿Qué se necesita para terminar el paro? Solo oprimir el botón de bloqueo del celular. Lo presiono. Termina el paro momentáneamente. Un respiro, un suspiro, una lágrima. Aún no tengo algo por decir.

Llega el esposo de la vecina, uniformado de policía con una herida en la cabeza (no es muy grave). La esposa le calienta el desayuno a las 8 de la noche... el trabajo no espera a que un par de huevos se friten. Los hijos corren a abrazarlo. La pesadez de unos brazos, que quien sabe cuántas buenas balas dispararon le impide alzarlos. Los abraza. Se agacha y les da ese beso en la frente. Ese hijueputa beso en la frente. Ese beso que dice: “son lo mejor que tengo en mi vida”. Ese beso en la frente que tuvo que contener la señora del apartamento de arriba al saber que su hijo no llegaría esa noche. Ese beso que aún me deja sin nada por decir...

Esa era la mirada familiar en la marcha. Esa era la mirada de tristeza que reconocí en la Séptima mientras mostraba mi famoso cartel; digo famoso, porque le tomaron muchas fotos sin saber dónde saldrán para después ponerlas en mi muro y parecer someramente revolucionario. Era esa mirada humana ¿Quién está detrás de quién dispara o da la orden? Me gusta pensar que hay una persona. La realidad me impide pensar que es una persona. Son las once de la noche, he iniciado y terminado el paro alrededor de diez veces. El paro también se amortigua con videos de básquetbol. LeBron James se lesionó, quizás estas no sean buenas noches. Me acuesto con mi mamá, agradecemos a la vida por tener una noche más, por lo menos una noche más. Estamos todos en la cama, me pregunta ¿Cómo te fue hoy? Pienso que me fue bien, por lo menos estoy vivo. Desbloqueo el celular, se escuchan sirenas en la calle, el llanto de alegría de mi abuela que llamó justo en ese momento, las miradas de mis niños (hago alusión a Capi, Guata y Lucky). No respondo, definitivamente no tengo nada por decir...